

Sintonia 

Igual a las piedras milenarias de cualquier vestigio prehistórico que el tiempo va cuidando de abatir, si en su auxilio no acuden unas manos cuidadosas que guarden de su más o menos perduración así nuestra Rambla Vidal está asistiendo al abatimiento de una de sus últimas piedras prehistóricas. Con la única diferencia que esta vez, las manos cuidadosas no son para perpetuar algo que pasó a caduco, sino para levantar en su lugar una nueva manifestación de vida, de rejuvenecimiento.

Corriendo parejas con este resurgir, también nace en el mismo alegre y sugestivo lugar un nuevo alumbrado, signo latente de un afán de mejora y modernización. Y así, bajo estos halagüeños auspicios, vamos convirtiendo lo que no ha mucho era una anacrónica Rambla, en una de nuestras más concurridas y modernas vías urbanas.

Pero aún no podemos cantar victoria, porque aún queda allí, ridícula y quejumbrosa, una de sus últimas piedras caducas. No es probable que ninguna comisión la nombre piedra milenaria, monumento nacional o cosa por el estilo, y en cambio lo más seguro que puede ocurrir es que de la indiferencia de este jovial resurgir que se va extendiendo a su alrededor, ella se extinga de puro vieja.

Para cuando esto llegue, que llegará, nosotros tendremos, no obstante, un piadoso recuerdo.

Abecé

**SAN FELIU
DE GUIXOLS
16 JUNIO 1955**

Núm. 389

Año VIII

Amoeba



Flores y Balduque

Sin duda hemos de felicitarnos y alegrarnos todos de que, en una forma tan galana además, háyase logrado disipar para siempre el evidente y clásico antagonismo que, al solo intento de relacionar ambos conceptos, poníase automáticamente de manifiesto de una manera rotunda y definitiva.

¿Flores, exposiciones y concursos florales en edificios tradicionalmente dedicados a albergar en exclusiva las trascendentes y más bien severas actividades de la Administración pública? ¡Rara cosa, en verdad! Porqué... ¿no habíamos quedado en que —salvada y elogiada toda excepción— en él, de ordinario prosaico y poco amable, medio de la covachuela, a lo único que solíase oler era a ese efluvio, muy «sui generis», que, en adecuadas dosis, producen el tabaco, sobre todo cuando ya ha descendido al estado de deleznable despojo, la humedad crónica, las pastillas balsámicas y, acaso, el penetrante tufo de linimientos y embrocaciones contra las inevitables afecciones reumáticas de los empleados ya próximos a la jubilación?

Pues, no, amigos. Por fortuna, háse cambiado radicalmente el antiguo decorado. La inexplicable mutación cosa ha sido de verdadera magia. Signos pueden ser éstos tal vez, si bien se aquilatan, del sano optimismo, de la espontánea selección que, pese a todos los nubarrones, nos están ofreciendo los tan vapuleados tiempos presentes, que ya se han revelado capaces de remover y de transformar cosas que, no hace aún muchas décadas, considerábanse de berroqueña constitución y arraigo definitivo.

Qué ¿qué ha pasado? Pues... casi nada, o mucho, según se quiera apreciar. Ha sucedido, ciertamente, que todos hemos ido aprendiendo a aparecer en público —puede que lo afectado sea sólo lo externo, pero algo es esto aún siendo así— un poco más presentables, menos en descuido, alcanzado un mayor grado de atildamiento revelador, después de todo, de la existencia de un interesante sentido de propia estimación que es muy de considerar.

Que esto que, de un modo general, llamamos la higiene ha acabado imponiéndose hasta diríamos —no queremos regatear méritos— que con ciertas ínfulas de arte menor, sin descartar alguna que otra posible extralimitación para que el cuadro resulte más completo,

Lógicamente, tal clima de superación ha hecho posible que entre algunas —bastantes son ya— poblaciones de las que tiénense por más cultas y progresivas, pudiera establecerse sobre todo al advenimiento de la primavera en que toda bella y audaz experiencia nos parece cosa posible y hacedera, esa especie de pugilato, de loable emulación, ese, un poquillo malicioso y todo, «¿tú lo haces? ¡pues yo también y hasta mejor, si puedo!»

Y para hacer la bella conquista aún más ostentosa y ofrecerle, de paso, un más solemne marco, hoy se empiezan a utilizar para adecuado escenario —y nunca en más elevado servicio— los recintos de los edificios oficiales cuya ancestral grisura de ambiente queda, de esta guisa, un mucho transformada, alegrada por esos certámenes esporádicos de arte floral, cada día más «in crescendo».

Ahí es nada: lograr hacer que rimen cosas tan dispares como son, por ejemplo, la plúmbea prosopopeya de unos «cargarémes» —¡y qué fea hasta la palabrita!— con la gracia fresca, perfumada y aligera de unas macetas de rozagantes claveles, de arrabaleros geráneos «de mariposa» o de unas aristocráticas y pulquérrimas rosas de té dignas de ser galardonadas en Bagatelle.

Ya tenemos flores en los atrios, en los patios y en los salones principales de las Casas Consistoriales, de los Palacios Municipales, como ahora va siendo moda decir, un poco en roce con la hipérbole quizá, pero que resulta perfectamente explicable y hasta recomendable en esta concreta ocasión, que el caso es acrecentar prestigio.

Cosa en verdad desacostumbrada ésta de ver como el opulento y fragante jardín, con toda su regia pompa y colorido, no siente desdoro de llegarse, de rebajarse diríamos, a hacer un poco de amigable y piadosa compañía, aunque forzosamente haya de ser efímera como desgraciadamente lo son todas las manifestaciones de precedera belleza, al humilde y sufrido balduque, haciendo que el pobre, por falta de costumbre de verse en tan finos trances, se ponga aún más colorado de lo que de natural ya es, y, en su emoción, apriete, en amorosa lazada, lo que un día fue ampo del voluminoso e importante legajo.

Simpático milagro, a fe, el que, con no poco asombro, estamos presenciando.

Algo poetas que, a ratos, nos sentimos. — ¿y quién es el «duro» que no reacciona en (Termina en la página siguiente)